



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 50 – 24 de Septiembre de 2015

ESPECIAL

CATALUÑA (3 de 3)

1. *¿Cataluña libre?*, Juan Ramón Sánchez Carballino
2. *Cataluña ante su futuro*, José Luis Orella
3. *Cataluña en permanente estado de golpe*, Pedro Conde Solana
4. *Una mirada a la Cataluña que amamos*, Eduardo López Pascual
5. *Lo urgente y lo importante en Cataluña*, Norberto Pico
6. *Barcelona desde Sevilla*, Blas Rivero

¿Cataluña libre?

Juan Ramón Sánchez Carballido

Falange Auténtica

La actual deriva del soberanismo catalán va a saldarse con una drástica intervención del Estado español para hacer cumplir la legalidad. El calado de las medidas va a depender, a partes iguales, de la prudencia lógica exigida por las circunstancias y del ilógico exceso de prudencia que caracteriza al presidente Rajoy. En cualquier caso, Cataluña seguirá siendo España a finales de 2015.

Pero conviene no llamarse a engaño: la independencia de Cataluña es una posibilidad perfectamente contemplada por nuestra Constitución Española de 1978. No de manera explícita, claro está. La situación de inestabilidad política en la que ese texto supremo de nuestro ordenamiento jurídico vio la luz se hubiera tornado explosiva de haber sido así. No obstante, todo su articulado es susceptible de modificación por efecto de un juego de mayorías, y ninguna de sus partes queda inmune a esta amenaza. Ni siquiera en lo que atañe a la definición territorial del Estado español: una mayoría en las Cortes proclive a la causa del independentismo catalán, sumada a una buena campaña para ganar un referéndum en todo el territorio nacional, harían de Cataluña un Estado independiente. Y punto. De nada valdría hacer llamamientos al Ejército o a la Corona como garante y símbolo, respectivamente, de la unidad. Ambas son instituciones democráticas idénticamente dependientes de la mayoría parlamentaria. Por eso, teniendo en cuenta los entables actuales de la intención de voto, la independencia legal de Cataluña puede ser sólo cuestión de tiempo, o cuestión de pactos.

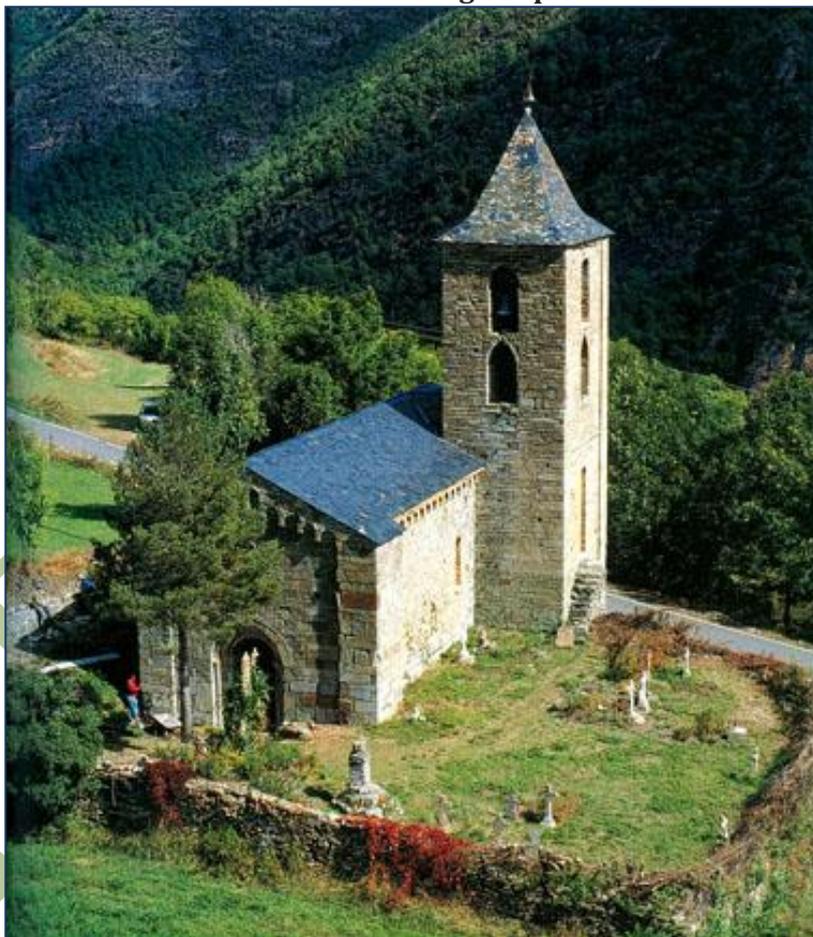
Como decimos, esta posibilidad terrible desde una perspectiva tanto patriótica como meramente funcional de España, es hija de nuestra Constitución. Una Constitución que resulta hiper-democrática hasta el absurdo de permitir la misma reversión del Estado y su despiece

territorial. Si la mayoría del pueblo español quiere acabar con España sólo tiene que votar por la voladura controlada. No hay instancia suprema a la que elevar argumentos de ninguna clase.

De estas cuitas parecen estar libres los Estados con Constituciones que no son plenamente democráticas, sino republicanas. Allí, la democracia no deviene en hiper-democracia; allí, no todo queda al albur del recuento de los votos. Y no estamos hablando de repúblicas bananeras. No es por casualidad que los dos grandes partidos antagónicos de los Estados Unidos de Norteamérica se denominen «demócrata» y «republicano», ni que este segundo tenga fama de conservador. En aquel país, la democracia se supedita al espíritu de los padres fundadores, que supone algo similar a la conciencia nacional. Su Constitución es tan rígida que necesitó de hasta

veintisiete enmiendas para suavizarse. En Francia, el trilema revolucionario (Libertad, Igualdad, Fraternidad) es el ánima que impregna las leyes. La sociedad francesa, en su gran mayoría, se opuso a la candidatura de Jean-Marie Le Pen a la Presidencia de la República apelando, precisamente, a la defensa de esos valores republicanos. En todo caso, el Estado había promovido previamente un cambio –bastante poco democrático, por cierto– de una ley electoral que no podía frenar el avance del Frente Nacional.

En conclusión, una cosa es la democracia y otra, muy diferente, los riesgos que de ella puedan derivarse para la continuidad del Estado en el modo en que fue originalmente concebido por quienes se batieron el cobre para erigirlo: padres fundadores o asaltantes de La Bastilla.



Mientras no se tengan en cuenta estas realidades, el debate sobre el republicanismo queda reducido a un juego de niños, a la cuestión menor de si la Jefatura del Estado debe ser hereditaria o no. La verdadera controversia afecta a la posibilidad de que un segmento completo de la Constitución quede preservado del arbitrio del sufragio universal. Un sector que incluye, de manera indefectible, la definición del Estado y la inviolabilidad de su territorialidad. En una Constitución republicana, eso ni se discute ni se vota; el mero hecho de plantearlo implica una traición a la República, al Estado. En una Constitución democrática, todo es conforme y según, que diría el poeta, y cualquier aventura es posible. Y en una Constitución republicana y nationalsindicalista, por dejarlo todo bien planteado, el núcleo duro del texto contempla, además de la unidad nacional, la fijación de los valores de la Dignidad y de la Libertad humana como fuentes y referentes de todo el ordenamiento jurídico. Y a eso llamamos la Revolución.

La lucha contra la mentalidad y el sentimentalismo nacionalista exige una reflexión que excedería, con mucho, los límites que hoy nos hemos propuesto respetar aquí. Pero sólo existe una fórmula para ilegalizar, definitivamente, las pretensiones de las minorías nacionalistas: la aprobación de una Constitución republicana signada por el precepto de la incontrovertible indisolubilidad del Estado. No busques más, que no hay.

Cataluña ante su futuro

José Luis Orella

Este 27 de septiembre, los catalanes asumen el reto de votar en unas elecciones autonómicas, donde los políticos independentistas utilizan la prueba como un hecho histórico que les lleve a la secesión de España. Tengamos en cuenta que unas elecciones municipales en abril de 1931 trajeron la instauración de la II república. La situación se muestra muy crítica, especialmente por las grandes demostraciones de fuerza que la proclamación de la diada proporciona a favor de concienciar a la opinión pública internacional, de ser un pueblo que camina hacia su derecho de autodeterminación, y que de modo similar al fin de Checoslovaquia, Cataluña se independizará y en un corto plazo, volverá a estar integrada en la Unión Europea, como un país idílico del Báltico, pero situado en esta ocasión en el Mediterráneo.

La culpa no es del todo de los intereses particulares de los independentistas de la coalición Juntos por el Sí (CDC-ERC), sino también de quienes han favorecido esta postura desde hace años. Cataluña ha formado parte inicial de España, como comunidad histórica unida, participando de sus empresas. Sin los catalanes no se puede hablar de la presencia española en el Mediterráneo, en Italia o en Lepanto, incluso en América, aunque en menor proporción. El siglo XVIII la España periférica, entre los que están los catalanes protagonizarán muchos hechos importantes, como la exploración en California, junto al franciscano mallorquín, Fray Junípero Serra. No será hasta el siglo XIX, con la formación del Estado liberal, y su concepto uniformizador de nación española, cuando se provoque una cadena de guerras civiles, las carlistas, entre ellas, en una España débil y sin fuerza para alentar un proyecto nacional moderno. Los catalanes se dividirán, como el resto de los catalanes, entre los carlistas del interior y los liberales de la costa. Pero ambos defendiendo conceptos distintos de España, como lo fue la guerra de sucesión de 1700-1714, cuando desapareció el último monarca de los Austria, y llegó el primer Borbón al trono español.



Pero aquel tiempo convulso, es también el momento de la industrialización. Barcelona se convierte en el motor del desarrollo económico, gracias a la afluencia del resto de

España. En el proceso modernizador, por su industria textil, intenta sustituir a Castilla como elemento rector de España, por eso su defensa de un sistema descentralizado para España. La industrialización trae la secularización, y la Iglesia mantiene su mensaje renovando la cultura catalana, que pasa del campo a las clases medias y altas de las ciudades. El catalanismo incipiente nace del republicanismo federal anticlerical, pero también de la evolución de una parte del carlismo catalanista. El catalanismo político de matriz derechista será La Lliga catalana de Francesc Cambó.

La Lliga Catalana se definía como un movimiento interclasista, que únicamente le interesaba los intereses de Cataluña. Pero el partido catalán representaba los intereses de las élites

industriales y comerciales de la ciudad, con los de los propietarios del campo. Sin embargo, la defensa de las clases propietarias y el mensaje catalanista le alejaba a la Lliga de los trabajadores, emigrantes en su mayor parte del resto de España. Éstos eran caldo de cultivo fructífero para el anarquismo sindical y el lerrouxismo político. Este último republicano y de centroizquierda. La guerra civil, con su ámbito revolucionario, empujará al mundo catalanista al bando nacional. En la escena internacional los lligistas iban a tener un protagonismo fundamental. En Francia, Joan Estelrich difundió desde la revista *Occident* los posicionamientos ideológicos del bando nacional. Por otro lado, Josep Bertran y Musitu, otro de los lugartenientes de Cambó en la Lliga, fundó el SIFNE, un servicio de espionaje que actuaba en la zona republicana y que ayudó a numerosos fugitivos a pasar a territorio galo, y de allí a Navarra. No obstante, los monárquicos de línea castellanizante impidieron una actuación activa de carlistas y lligistas vinculados al catalanismo social. Se deberá esperar al desarrollo, con el proceso de cambio y enriquecimiento generalizado de España, cuando el catalanismo social, político y cultural vuelva a tomar protagonismo en la nueva sociedad. En los años sesenta y setenta, los catalanes son protagonistas del desarrollo, a través de López Rodó, Joan Sardá, Fabian Estapé y Santiago Udina. El progreso material trae el patrocinio de las letras en lengua catalana que gozan de una verdadera época de oro con Salvador Espriu, Josep Pla y Mercè Rodoreda.

La transición traerá una nueva oportunidad de vertebrar España, donde el sistema autonómico intentará colmar las ambiciones de todos. Sin embargo, el catalanismo vinculado a la oposición al régimen franquista es distinto, y repudia un concepto de España, vinculado al régimen anterior. El catalanismo ha encontrado en el aprendizaje del catalán, un instrumento de asimilación a la identidad catalana de los emigrantes, ante la falta de una argumentación de raza. Los nacionalistas utilizan el discurso lingüístico como medida de nacionalismo étnico para homogeneizar la sociedad con una identidad nacionalista propia, que a la vez sirviese de elemento diferenciador con el resto de la comunidad nacional española. Los gobiernos autonómicos de CiU, tendrán como objetivo la voluntad de construir, de hacer país, de formar una nueva sociedad. La Cataluña nacionalista no existe, hay que crearla con unas características diferenciadoras que legitimen sus ansias separatistas. La entrega de las competencias educativas y culturales han procedido a alimentar un proceso de construcción de un proyecto nacional durante tres décadas, donde nunca ha existido un proyecto de denominador común español. La ausencia de una explicación a los futuros ciudadanos de ser plenamente catalán, en la comunidad histórica de España, de conocer la rica historia común, la cultura y literatura que nos une, ha sido eliminada de los planes de estudio. Pero no sólo, de Cataluña, también del resto de España.

El hecho diferenciador catalán no es equiparable para los nacionalistas a otras regiones, por lo que no aceptan el federalismo como un marco político posible. De este modo, el discurso nacionalista es modernista y se ocupa del desarrollo y la adaptación en vez de interesarse por lo antiguo y mirar hacia el pasado. Acepta los límites de la soberanía y busca maneras que permitan hacer que el autogobierno sea eficaz y organizar un proyecto de autoafirmación nacional, a falta de la reivindicación del Estado-nación clásico. Así, el proyecto del nacionalismo sigue vinculado a una idea de progreso y modernidad, pero como proyecto nacional quiere estar integrado en la Unión Europea, para evitar ser un nuevo Kosovo. Sin raíces históricas para reivindicar una independencia, ha creado un sentimiento rupturista desde el falseamiento de la historia, en connivencia con las autoridades autonómicas, y el abandono del gobierno nacional.

Cataluña siempre ha sido una de las ventanas de España al mundo mediterráneo, un nacionalismo exclusivista le cercenaría su creatividad, Antoni Gaudí supo demostrar, dentro de su intensa catalanidad, ser español y trascender un arte hacia Dios, de una manera universal. Cataluña, tiene mucho que decir, siempre que frente a la cerrazón de exclusivismos soberanistas, que potencian la rivalidad dentro de Cataluña, se desarrolle con intensidad el sentir catalán dentro de la comunidad nacional española. Se necesita una respuesta contra el concepto estrecho de nacionalidad vinculada a una raza o a una lengua, que surgió en el siglo XIX. La Cataluña real del siglo XXI, necesita beber de unas raíces profundas que le revelen su

hispanidad, contrapuesta a la Cataluña oficial e irreal forjada en las ideas calenturientas del XIX y recuperadas por los alquimistas políticos de una nueva modernidad catalanista. Pero para recuperar Cataluña, también es imprescindible, revelar y enseñar que Cataluña es parte de una España histórica, pero rica en su pluralidad inicial, cuya diversidad le hizo grande, y el respeto a esa riqueza siempre ha sido el cemento de nuestra unidad.

Cataluña en permanente estado de golpe

Pedro Conde Soladana

No es el pueblo catalán, en su mayoría, quien viene manteniendo en esa situación de estrés colectivo, cual es un golpe de Estado que parece no cejar ni cuajar nunca, sino una parte de su clase política la que enarbola el espantajo del separatismo con la secreta, aunque ya descubierta intención, de llenar de parné sus arcas monipódicas, que alimentarán a su vez la talega de sus partidos y la individual de muchos de los tipos que la componen. En ese desafortado empeño, no hay mayores ideales. Todo es así de prosaico; ni pretenden ni pueden conseguir más perseguidas glorias que Cataluña no haya logrado ya como parte de España y su Historia común.

Está demostrado, a pesar del recurrente, recalcitrante y goebelsniano discurso de España nos roba, que es al revés: los bocazas independentistas de Cataluña, que no los catalanes en su conjunto, son maestros en el chantaje y el trilerismo político en sus negociaciones con los gobernantes del Estado. Qué esa es otra. Aquí vamos a deslindar responsabilidades, culpas e imputaciones de los delitos de unos y otros.

Es público y notorio y está extensamente publicado, el estado de corrupción, podredumbre y miseria moral de muchos de estos evangelisteros de la falsa religión del nacionalismo catalán. Son estomagantes e insoportables la tergiversación, la manipulación y el ataque constante a la auténtica Historia de España, hasta caer en el más extremado y sarcástico ridículo, como el de esos bufones, sedicentes historiadores, a los que últimamente les ha dado por hacer nacer en Cataluña, con siglos de retraso, a los grandes personajes de la Historia común, como Cervantes, Santa Teresa... o algún italiano como Leonardo da Vinci. Sólo explicable por algún complejo de inferioridad, radicado en la envidia; que no tendrían por qué sentir si se sintieran a su vez lo que son: españoles. Es público y está en los tribunales que el padre de este cocoso y actual nacionalismo catalán, el inefable sepulcro blanqueado, según las palabras de Cristo, perfectamente aplicables a Jordi Pujol, auténtico capo con barretina, es uno de los mayores ladrones que ha dado la política europea. Es sabido, y ahí están las últimas actuaciones policiales, que las sedes del partido más señero del separatismo, Convergencia, están embargadas por los latrocinios de ese partido. Su socio, hasta hace poco, Unió, con su jefe a la cabeza, el tal Durán y Lleida, oscense de nacimiento, condenados por afanar para ellos el dinero que debería haber sido para la formación de obreros en paro. Es conocido que la mayoría de los medios de comunicación de esa entrañable región española están subvencionados por las instituciones que gobiernan estos mangantes. Sabíamos del 3%, 4%, 6%, arriba abajo, en estos días hemos conocido que una empresa, la de los Sumarroca, abonaba un 5% a Pujol Ferrusola y un 3% al partido de éste, etc., etc. Nadie ignora que con la Constitución y las sentencias de los Tribunales, como el Supremo y el Constitucional, estos mercachifles metidos a políticos se alivian los picores de sus partes pudendas o a falta de papel higiénico se limpian, y con qué gozo, la innombrable parte cercana a aquéllas. Oímos y leemos que, haciendo un daño inmenso y en algunos casos irreversible, a las nuevas generaciones de catalanes se les niega el aprendizaje del idioma de todos, gran tesoro de la universal Hispanidad, el español, al que se persigue con saña racista; que descubre por otro lado el cociente intelectual de tales personajes, cercano al que empezaba a desarrollarse en el hombre de las cavernas. Como todo imperialista de medidas enanas que no tiene más que un taburete para sentar sus posaderas y no más fuerza que la de un somatén perdido en el Canigó, aspira sin embargo a un trono imperial de conquistador, de

conquistador de las tierras del vecino, que desde hace siglos son del acervo común del pueblo español. Tenemos conocimiento de que en las escuelas públicas catalanas se deforma la mente de los niños predicando el odio a la nación española. Estos niños de los cuales muchos antepasados escribieron páginas de gloria para España: Rafael de Casanova i Comes, el General Prim, el Tercio de Montserrat, etc., etc. Para qué seguir narrando la desfachatez, sinvergonzonería y embustes de esta casta de polícastros capaces de partir en dos a la sociedad catalana con tal de conseguir el cumplimiento de sus alocadas ambiciones, a costa incluso del propio ser de la auténtica Cataluña. Hoy, ésta es una charca infecta donde infectos caganers de calzones estelados sumergen la verdad para teñirla con los vidriosos colores de la mentira y exhibirla como una momia del pasado.

Dicho así parece que toda y la exclusiva culpa del crónico problema de Cataluña fuera sólo imputable a una casta de políticos inmorales, amoraes y corruptos que la dominan. No. El hecho es comparable a la moneda. Tiene dos caras: la cruz la representan esos sayones separatistas que fustigan con sus mentiras, latrocinios y torticeras prácticas el cuerpo social de aquella región netamente española; la cara, es la hipócrita y cobarde actuación de los representantes del Estado que en pro de su política partidista y partidaria traicionan desde el corazón de las Españas y su capital, la entidad, identidad e intereses de la única nación que cabe en ellas: España.

Viene de atrás, de muy atrás, ese juego trucado, de cortas miras, de lucros partidistas e intereses antinacionales que tanto daño han hecho y están haciendo a la propia Cataluña y a España. Ceban desde Madrid al monstruo separatista que se cría en las oscuras cuevas del independentismo catalán, para que sus mantenedores alimenten a su vez en una acción recíproca, en un toma y daca, los espurios intereses individuales, de particulares y de partido, de los políticos asentados en la Corte, desde el rey al más bajo subsecretario nombrado a dedo, es el más descarado concierto de rastreros y dañinos réditos antinacionales que puedan darse en la política.



A ojos vista y con una osadía e insolencia ofensiva para la dignidad de España y los españoles, estos sedicentes políticos autonómicos y estatales trenzan sus viles pactos de partido sin que quien de los dos, que tiene el poder ejecutivo supremo, central y estatal para imponer las leyes, obligue al otro a cumplir sus obligaciones como poder delegado en la Comunidad Autónoma. Y muy al contrario, el Presidente de esa Comunidad, Cataluña, corrupto también, se permite el lujo de desafiar al Estado proclamando a bombo y platillo la futura independencia de aquélla sin que el Jefe del Gobierno de España le aplique por delito de sedición los artículos correspondientes de la Constitución y el Código Penal para reprimir tal conducta delincencial. Qué no decir del incumplimiento de las sentencias del Tribunal Supremo, del Tribunal Constitucional y otros tribunales, en diversas materias civiles y penales transgredidas por estos malhechores de la política. Como para no pensar que están todos, los unos y los otros, en el mismo bando: el de los traidores a la Patria y repartiéndose los despojos hacendísticos en la cueva de un viejo conocido, Alí Babá. ¿Exagerado? Veremos hacia dónde apunta esa insinuada reforma de la Constitución que corre por los mentideros de la política partitocrática como un globo sonda.

Qué enorme y tremenda responsabilidad tienen todos los políticos, incluidos los que han pasado

ya a la Historia con un cierto halo de grandeza desde la tan cacareada Transición –¡miserable grandeza!; ahí están los resultados– en el enconado y viejo problema del separatismo en España.

Por otro lado, y previendo el borrascoso futuro, es como para preguntarse qué nueva nación puede venir al mundo engendrada por unos progenitores cuya salud moral es tan enfermiza y patológica. Nada más hay que ver la amalgama de individuos y organizaciones que pretenden hacer de parteros en ese nacimiento para vaticinar, sin ser profeta, que no pasarían tres días desde el evento para acabar entre ellos a cuchilladas con los instrumentos quirúrgicos utilizados para el mismo. ¡Vaya calaña la de estos personajes alumbradores de una moderna nación europea! Mejor sería meter a todos en un cotolengo carcelario y evitar así mayores males a Cataluña y a España. ¿Están dispuestos a acción tan radicalmente salutífera los gobernantes de Madrid?

Hago finalmente mías estas palabras recién escritas por Fernando García de Cortázar: «La débil nacionalización de los españoles, el flaco empeño en construir una convivencia colectiva, ha acabado por entregar ese espacio vacío a quienes, a falta de capacidad para encarar el futuro tienen sobrada fuerza para falsificar el pasado».

La pregunta final, con respuesta obvia, sería: Y ¿quiénes han consentido que los energúmenos separatistas lograran esa «sobrada fuerza» para falsificar el pasado de España que afecta a las regiones con achaques independentistas sino quienes han tenido y tienen fuerza sobrada para impedirlo? ¿Por qué?

Si un nuevo alcalde de Móstoles llamara a la armas a todos los españoles, su grito hoy no sería contra el invasor extranjero sino contra los traidores y felones, nuevos condes Don Julián y obispos don Oppas, actuales ocupantes de la Corte de Madrid.

Una mirada a la Cataluña que amamos

Eduardo López Pascual

Casi siempre que hablamos de Cataluña procuro ser muy discreto en las opiniones, debido quizá, a los estrechos lazos de catalanidad que hay en mi familia, donde viven unos primos hermanos, nacidos allí, catalanes hablantes, hijos de padre autóctono y madre madrileña; con lo que mi amor por esa entrañable región no puede ser más afín al sentimiento popular, al llamado «seny» que lamentablemente tan desaparecido se encuentra en estos momentos

Nadie más, que yo mismo, cita a esta tierra con más objetividad; es más, una vocación sobrevenida de décadas, nacida en años de juventud y estudio en los que aprendí, desde otra visión, a valorar cuanto ese rincón de la provincia romana de Hispania, que no se llamaba Cataluña sino la Citerior, testimoniaba ya un peso de cultura, de características propias –común además a las múltiples tribus de origen ibérico–, que siempre han mostrado un tono particularmente propio, pleno de un talante independiente, común también a todos los pueblos peninsulares que en absoluto negaban su condición, aunque fuera a través de sus encuentros amables y de sus desencuentros bélicos. Una cultura que en el caso de Cataluña, como en general en la de todas las futuras regiones españolas, han contribuido a construir la historia nacional.

Sin hacer el clásico ensayo sobre la andadura catalana en pro del acervo nacional español –historiadores hay–, podríamos decir que tanto las leyes tradicionales de Cataluña, como sus costumbres y su específica sensibilidad, procedían como la de los demás territorios de la península, de las aportaciones de diferentes civilizaciones que se establecieron en la vieja Hispania, fundamentalmente por Roma, aunque otras razones vinieron anteriormente de Celtas, o de visigodos y aún del contacto oriental de fenicios o cartagineses en un tiempo secuencial. Luego, la invasión musulmana y las luchas de reconquistas, ayudaron de manera eficaz y directa a formar el cuerpo sensible de lo que se llamará Franco Condado, que es la Cataluña actual.

Todo un camino de sentimientos que han desembocado en un idioma, unas leyes consuetudinarias, en un sentir evidentemente compartido por una gran población,

Pero esto, que es verdad, ha sido desde siempre cualificado por todos los españoles, cualquiera que fuera su lugar de procedencia, y en ese sentido, se entiende la enorme y noble mestización (acepten la palabra en su justo sentido) de sus gentes con viajeros e inmigrantes todos; desde la poniente Galicia, desde el sur andaluz, del centro castellano o de las riberas de la costa levantina, Cataluña fue como un crisol en donde se fundieron hombres y mujeres de toda España, cooperando así a forjar un pueblo con personalidad abierta, por mucho que algunos pretendan darle un matiz tan estrecho como incierto. Hoy, la realidad catalana, falsamente autárquica, no se entendería sin la aportación directa de millones de españoles no nacidos en las cuatro provincias a la sombra de Moserrat. Mi misma condición personal nunca podría serlo sin llevar encima el acervo histórico y cultural de esa región, madre de valores ética y plenamente españoles, porque así fue su propia formación social y política.



Una leve mirada a la importante contribución catalana al alma española, reflejada en guerreros, en artistas, en poetas y escritores, en deportistas incluso, en músicos y científicos, nos dan un fiel reflejo de todo lo que significa Cataluña en la compleja realidad de nuestro país. Porque, de acuerdo con la verdad, nadie comprendería la hermosa aventura civilizadora de España, sin atender el peso de los hombres y mujeres que siendo catalanes, promovieron una riqueza material y artística felizmente cómplice en los siglos de oro español en descubrimientos, en letras, o en conquistas marinas que hicieron de España cuna del mundo civilizado. Y en esa vocación sobrevenida, donde los personajes históricos tienen su lugar privilegiado, desde el príncipe de las cuatro barras, al almogávar del buque armado, hasta el Tarradellas, sereno, de una Transición esperada, los catalanes han sido y son inevitablemente, corazón de la España de siempre.

Nuestra admiración entonces por ese pueblo, no tiene aceras de separación y, personalmente, me siento muy catalán cuando paseo por las avenidas barcelonesas y me siento arrobado por las agujas increíbles de la Catedral de Gaudí, o contemplo con sana envidia el arco tarraconense, cuando descanso, en imaginación, por el Garraf abrupto y único, donde me sentado para leer la poesía de Ramón Llull que fue un verdadero precursor en la creación de un idioma para escribir y recitar versos como estos:

Són creat e esser tu est dat
A servir Deus que fos honrat
E són caut e masnt pecat
e en ira de Deu pausat
Jesús me venc crucificat
vole que Deus fos per mi amat.

(Pido perdón si la transcripción no es exacta).

Pero Lull ya nos daba una pista, en el siglo XIII, de la sensibilidad catalana, porque aun siendo mallorquí de origen era señal que se repite a lo largo de toda la aventura histórica de esta región, querida desde su principio, y que en razón de su ser, nos dejaba la riqueza de sus creadores, como Salvador Espriú, cumbre de la poesía en catalán y en castellano, que siempre fundió su alma en esta dualidad maravillosa. En este verso que se ofrece se nota su enorme grandiosidad:

No soy yo. Somos los que ardemos
con los corazones en la boca mordiendo
tejidos hasta la sangre.
Somos todos los que bailamos la melancolía
y ascendemos la definitiva tristeza
con la sonrisa pintada en los labios.

Un sentido del *seny* que marca para siempre el modo catalán, que se extiende a otros muchos escritores, artistas, o pintores, Y ahí están, haciendo cuerpo histórico los Dalí, un «genio hasta en su porte», o Barceló inventado cuadros al futuro, o en otra estampa inevitable, al Pau Casals estremecedor en su violonchelo, a Monserrat Caballé, universales en calidad, y hasta el mismo J. M. Serrat, que nos canta el Mediterráneo. Todos, como dice Espriú, nos cantan la alegre melancolía de ser catalanes dentro de España, Cataluña, no se explica, en catalán o castellano, sin la presencia indubitable de novelistas como Juan Marsé, J. Benet, los Goitysolos (a pesar de su sectarismo literario y político), a Eduardo Mendoza, o Terenc Moix quienes junto a los inolvidables Juan Marsé, o José Pla, maestros en plasmar el suelo y el ambiente más genuino de su ciudad, de su tierra, alcanzaban altas cotas de emociones literarias, haciendo de las letras españolas una de las opciones lectoras imprescindibles para conocer y amar a Cataluña-

Con ellos, Carmen Laforet, Ana María Matute o Mercé Rododera, mujeres que han contribuido con su magia de escritoras a que sepamos más del genio catalán, más de la fuerza creadora de España, donde no olvidamos la fuerza creadora de Albert Boadella, por ejemplo. Unos con una conciencia de pueblo más acendrado, otros con un sentido más universal, pero todos haciendo que Cataluña y España fueran consideradas verdadero crisol de cultura y civilización. La aportación catalana a esta realidad histórica que es España, se confirma con la extraordinaria presencia en la industria, en el comercio, con las firmas españolas que dan la vuelta al mundo, y las instituciones culturales allí, muestran el trasvase humano de autores, de intérpretes o de editores. La vigencia de las ediciones Planeta de la mano de emprendedores como los Lara, dan buena fe de esta verdad, sin olvidar el impulso que editoriales emblemáticas como Destino, creador de extraordinarias colecciones generadas por catalanes de firme raíz, son o han sido referentes en la vida artística del conjunto nacional español. Hasta el deporte, con ser argumento más prosaico, vino a ampliar el prestigio nacional español con hombres de la talla de Ranallet, mítico guardameta de futbol, de los mismos Gasols, embajadores de una España diversa y unida, del futbolista Hernández, o de los tenistas Marc López, o de ese club de fútbol con más de cien años de historia deportiva, desde luego antes de que alguien lo haya convertido en un altavoz disgregante. O qué decir del propio Samaranch, que ha presidido la mayor entidad deportiva del mundo, como es el COI. En fin, esa armonía compartida con apellidos gallegos, castellanos o aragoneses, andaluces o vascos, porque juntos hicieron una Cataluña con personalidad propia y una España grande en el mundo.

Así es esta tierra ancestral, ibérica, e hispana, solar de Roger de Lauria, pero también casa de las gentes del Bruch, de Palafox y de los gerundenses que, una vez más, supieron dar testimonio de una empresa común, pudieron dar fe de su compromiso español que permanece en el alma del pueblo cuando no está sometida al sucio mercadeo político. Es cierto que en esas tierras que van desde los Pirineos orientales hasta la Tarragona romana, ha habido hombres e intentos por romper un esquema de vida compartida con las demás regiones y comarcas españolas, pero sin duda es la fuerza de la historia la que pone a cada parte en su sitio, ahora bien, aun reconociendo esa discrepancia, o esa violenta separación auspiciada por algunos ignorantes ajenos al tiempo y a la historia que pretenden falsificar, miro a Cataluña con amor. Porque cómo no ha de ser una

mirada llena de amor si es la cuna de tantos hombres y mujeres de singular importancia en la vida española, si es la cuna de personajes históricos nacionales que pusieron el valor español a altura de las gestas más inverosímiles, si es el lugar natal, por ejemplo, de Agustina de Aragón, de nombre completo Agustina Saragossa y Domenech, mujer inseparable de la mejor tradición hispana, la integridad, el coraje, la visión libre y universal de la nación española.

Por eso mi mirada a Cataluña, a la que me siento unido por razones de consanguinidad, de vocación y cultura, ha de ser naturalmente, una visión llena de comprensión, de admiración y de sentimientos comunes. Porque a pesar de todo, la senda de nuestra aventura común española, no se puede perder –y no se hará–, en las viejas trampas de la mentira y el error. ¡Visca Cataluña; ¡Arriba España;

Lo urgente y lo importante en Cataluña

Norberto Pico

FE de las JONS

Hay un defecto muy común en el funcionamiento de las organizaciones, ya sean estas organizaciones empresariales, asociativas o políticas. Es el error que supone descuidar lo importante por estar en el día a día atendiendo lo urgente.

Lo urgente es inevitable acometerlo. Es lo más inmediato, salvar el obstáculo que se presenta para poder llegar a mañana, aunque seas consciente de que mañana se presentará de nuevo este u otro obstáculo porque, lo que en verdad necesitarías, sería enderezar el rumbo para evitar la aparición de nuevos obstáculos.

Esa es la situación en la que se encuentra España respecto del desafío secesionista. Hay que abordar el golpe separatista para evitar la ruptura física de la nación. Eso es lo urgente ahora mismo. Pero eso no acabará con el problema que supone la ruptura espiritual de la nación. Esto es, que una porción importante y creciente de españoles en Cataluña y otras regiones no se identifican como españoles y buscan separarse del conjunto de España. Para enderezar esto harán falta medidas de mayor calado, sostenidas en el tiempo. Medidas conducentes a la restauración de los afectos entre los catalanes y el resto de España. Esto es lo importante.

De nada serviría –aunque es estrictamente necesario– que el Gobierno impusiese la legalidad y se procesase a los cabecillas del golpe secesionista. Eso no hará que los catalanes seducidos ahora por el separatismo recobren la fe en España como patria común de todos los españoles. Para que esto pudiese llegar a suceder es obligado modificar de raíz la arquitectura territorial del Estado.

Sería necesario, por ejemplo, acabar con el estado de las autonomías para retirar de las manos de los secesionistas las competencias que estos han utilizado durante décadas para fomentar la secesión: educación, medios de comunicación, policía autonómica, etc.

Sería necesario modificar el sistema electoral para impedir el chantaje de las minorías



separatistas a los gobiernos de turno.

Sería necesario incluso –como sucede en otras democracias europeas– que se prohibiera la existencia legal de partidos cuyo objetivo es quebrar la unidad nacional.

Pero, aún por encima de todas estas reformas importantes, habría que acometer la «reespañolización» de los españoles. No sólo en Cataluña o en las regiones en las que el separatismo tiene presencia, sino en toda España. Hay que reinstaurar la alegría de la patria en el alma de los españoles. Que puedan sentir el legítimo orgullo de pertenecer a la nación más antigua de Europa. Que conozcan las glorias que protagonizaron sus compatriotas –en la milicia, en las ciencias, en las artes, en el derecho– cuando permanecían unidos en un proyecto común, para que este conocimiento les impulse a encontrar para España un nuevo proyecto que ilusione y una de nuevo a todos los españoles.

Ni lo urgente, ni lo importante figuran en la agenda de los grupos políticos mayoritarios. Habrá que prescindir de ellos si queremos que España permanezca unida.

Barcelona desde Sevilla

Blas Rivero

Antes de comenzar, dos consideraciones querido lector. Como es de ser bien nacidos, debo agradecer a la Fundación Jose Antonio esta oportunidad, que como humilde representante de la Asociación Cultural Fernando III de Sevilla se nos brinda en estas páginas. Y dicho esto, y habiéndoles adelantado, mi origen y mi lugar de residencia, quiero pedir disculpas a los lectores por si mi análisis sobre «*el problema catalán*», ofrece una visión sesgada por la distancia. Al fin y al cabo son sociedades muy diferentes, aunque padecen demasiados paralelismos, que nos pueden dar pistas para entender la situación actual. Y es que:

- La sociedad andaluza ha sufrido el latrocinio de una casta política endogámica, que ha hecho del enriquecimiento con el «negocio público» un modo de vida. *¿Y esto en Cataluña no sucede?*
- La sociedad andaluza es un claro ejemplo de la política del *New Deal* de Roosevelt, que perpetúa a la misma clase dirigente de manera sempiterna gracias a su red clientelar. *¿Y esto en Cataluña no sucede?*
- La clase política andaluza «ofrece» a la sociedad canales autonómicos de televisión/radio donde la falta de pluralidad en los mensajes es manifiesta. Condenando al ostracismo al resto de sensibilidades *¿Y esto en Cataluña no sucede?*

Este panorama, unido a unos altos índices de fracaso escolar (por encima del 20%) convierte a ambas sociedades en masas de ciudadanos desafectos y vulnerables a los manipuladores. Por tanto, aunque el problema es serio, el origen es simple. En mi opinión la «*masa social*» que recorre las Ramblas es la misma «víctima» que llena los pabellones en Andalucía, *al grito de ¡soe, soe, soe!*

Nada de sociedad madura, nada de diferencias culturales insalvables, nada de nada queridos amigos. Detrás hay unos ciudadanos que son víctimas de oligarquías y de «elites sociales» que pretende mantener su *status quo* a costa de todo. Y es que en ocasiones pensamos que el «*problema catalán*» se sustenta en reivindicaciones históricas procedentes de la Edad Media, e intentamos rebatir mediante datos históricos sus pueriles argumentos. Realizamos sesudos análisis, atribuyendo a la sociedad catalana un grado de madurez del que sin duda carecen.

En mi opinión son el egoísmo y la insolidaridad los dos únicos pilares que sustentan estas «ansias de libertad».

La sociedad catalana, y eso si es una diferencia sustancial con la sociedad andaluza, desarrolló

una importante y acaudalada burguesía muy influyente en «Madrid». Ese lobby ha mantenido su influencia «Madrid» durante todo el desarrollo industrial. Desde la creación de las indianerías protegidas por la Corona (*Las Ordenanzas que el rey nuestro señor, que Dios guarde, manda observar los fabricantes de indianas, cotonadas y blavetes del principado de Cataluña, para asegurar el buen régimen y gobierno de estas fábricas y la mayor perfección de los texidos y pintados*), pasando por la II República, y por supuesto, durante el régimen del General Franco (*Plan de Estabilización inclusive*) en la que continuó ejercitando su influencia y privilegiando el desarrollo industrial. Esta influencia durante la dictadura tiene su continuidad en la «ejemplar Transición» teniendo su ejemplo palmario en la aprobación del texto constitucional (eslabón necesario del anhelo independentista).

Pero para que el drama sea completo, hace falta un actor más. *¡Hace falta un enemigo!*

Sin él, la situación descrita con anterioridad, se resume en las influencias de un grupo de presión que quiere aumentar sus ingresos y su poder. Pero si enfrente colocas un enemigo, o lo fabricas, la afrenta ya está hecha. Hay alguien contra quien «luchar». Y ahí, debemos entonar un *mea culpa*, porque durante muchos años se lo hemos puesto muy fácil.

Mientras ellos influenciaban, y nos dejaban sin trabajo cualificado, sin industria, condenándonos a una segunda clase social, nosotros nos dedicábamos a reivindicar la unidad de España con un discurso caduco y paleta. En el que usábamos la bandera de España, para zaherir a nuestros compatriotas. *¡Caímos en su trampa!*

Ya lo dijo el Tercer Marqués de Estella... «*Si alguien hubiese gritado muera Cataluña, no sólo hubiera cometido una tremenda incorrección, sino que hubiera cometido un crimen contra España, y no sería digno de sentarse nunca entre españoles. Todos los que sienten a España dicen viva Cataluña y vivan todas las tierras hermanas en esta admirable misión, indestructible y gloriosa, que nos legaron varios siglos de esfuerzo con el nombre de España.*»

En Cataluña con la complicidad de todos los partidos mal llamados nacionales, se ha permitido que los símbolos nacionales sean ridiculizados y convertidos en algo casposo. Y como recoge el profesor Gustavo Bueno en algunos de sus ensayos, el miedo al ridículo es mayor que el miedo a la derrota. Por lo que han conseguido que gran parte de la «sociedad» se avergüence de reivindicar su españolidad por miedo a ser excluido de la sociedad biempensante, del cliché de buen catalán.

¿Cuál es la alternativa que nos queda?

La única alternativa, es una posición de firmeza y de apoyo a nuestros compatriotas que están padeciendo una tremenda presión social. Pero además del apoyo, que está muy bien, hay que volver a movilizar a la sociedad civil. Alejándonos de símbolos, y de partidos, debemos potenciar el sentido de comunidad que está unido a la idea de Patria. Eliminar el sentido de ridículo rompiendo los clichés y los estereotipos. Buscar referentes sociales que rompan la idea preconcebida que han sido inculcadas durante años a generaciones en las escuelas. Y retomar el orgullo de pertenencia a una Nación, desterrando ambages y concesiones, que sin duda, son utilizados de manera torticera.

Y esa responsabilidad cae en nosotros, y si no hacemos nada, algún día nos lo demandarán.

